

# 1934: El rayo que no cesa...

**Julio Aróstegui**  
Catedrático emérito  
de la UCM

**1934** o, mejor, octubre de 1934 es considerada por lo común fecha fatídica en la historia de nuestro país en los años treinta. La *huelga-insurrección* desencadenada el día 4 de aquel mes, sumada a la declaración del Estat Catalá el día 6 por la Generalitat de Cataluña, o, dicho de otra forma, los episodios que constituyeron la *Revolución de Octubre*, según fueron conocidos en el lenguaje de la época y posteriormente, se consideraron la divisoria entre dos situaciones distintas en la trayectoria republicana.

Desde entonces la insurrección de octubre de 1934 ha producido una masa de enjuiciamientos de enorme volumen. Las críticas al hecho insurreccional, el análisis de su fracaso y las responsabilidades derivadas de él fueron ampliamente tratadas. Hubo, sin duda, unas extensas *lecciones de Octubre*. Los socialistas, principales protagonistas, aunque no únicos, de aquella acción, nunca pudieron, sin embargo, llevar a cabo un gran debate interno sobre el movimiento.

Las preguntas, las dudas, las críticas, los cambios de posición también, han girado desde entonces en torno a un espectro amplio de cuestiones repetidamente planteadas: ¿qué pretendió realmente la acción insurreccional?, ¿quiénes fueron sus principales responsables?, ¿por qué fracasó?, ¿cómo juzgar el alcance de la represión por los Poderes gubernamentales? y, en definitiva, ¿quiénes eran en aquella coyuntura los verdaderos enemigos de la República?, ¿los actores o los represores?

Los sublevados posteriores de 1936 dieron ya su versión inapelable: el origen de la guerra civil que habían provocado se encontraba realmente en aquel movimiento de octubre; lo dijeron sus primeros cronistas oficiales: Bertrán Güell, Maíz, Iribarren y todos los que le siguieron hasta la *Historia de la Cruzada Española*. Fue para ellos el primer momento de la guerra civil. La importancia que los sublevados daban a 1934 quedó patente en que toda la legislación

represiva contra quienes defendieron la República tuvo como término temporal de partida octubre de 1934. Era, por supuesto, una manera más de intentar difuminar sus responsabilidades. Los seguidores de la ideología del franquismo no se han separado nunca un ápice de esa interpretación.

Pero *Octubre* fue y ha sido considerado como episodio memorable también desde ámbitos múltiples de la izquierda; Azaña calificó el intento de "quimera". La izquierda más extrema, anarquistas, comunistas de la Komintern y de fuera de ella, criticó duramente las carencias del movimiento. Por fin, quienes criticaron siempre la "radicalización del caballerismo", dentro y fuera de las filas socialistas, hicieron lo mismo.

Y llegamos al mismo día de hoy. Tertulianos de conocido tinte ideológico y variada militancia traen ahora a colación 1934 en relación con la actitud de determinadas fuerzas políticas de la Cataluña actual. Un ilustre expresidente del Gobierno, José María Aznar, nos adoctrina en sus recientes *Memorias* sobre los peligros de la "subversión nacionalista" a cuenta del ejemplo de lo ocurrido el 6 de octubre 1934 en Cataluña. Estamos, pues, ante el rayo que no cesa...

## Julio Aróstegui

*Julio Aróstegui escribió este texto para TEMAS pocos días antes de fallecer de manera repentina. Cuando se puso en contacto con nosotros para anunciarnos su envío, nos comentó la posibilidad de publicar otros artículos sobre asuntos que le preocupaban, siempre en su afán de ayudar a clarificar con rigor hechos de la historia de España que no pueden caer en el olvido. Nos gustaría que la publicación de este texto fuera entendida como un homenaje a su figura, a su compromiso personal y a su brillante trayectoria académica e investigadora.*

**SIKA**

De hecho, la insurrección de 1934 sólo tuvo decisiva gravedad en Asturias, mientras en otros sitios era prontamente sofocado. El episodio catalán, grave en sí mismo, fue controlado con rapidez. Careció de apoyo obrero, particularmente del anarcosindicalismo, fuerte en Cataluña, cuya participación fue decisiva, por el contrario, en Asturias. La insurrección-huelga tuvo enfrente, como en 1917, al Ejército. El precio de aquel sofocamiento fue de más de mil muertos, condenas a muerte y hasta tres decenas de miles de encarcelados.

Durante todo este tiempo no han cesado las suposiciones sobre quiénes fueron entonces los enemigos de la República. Hay, no obstante, quienes al hacer esas suposiciones sobre los acontecimientos fuera de la legalidad que entreveraron la existencia republicana, olvidan paladinamente aquellos cuya intención inequívoca era derribarla, cosa que ocurrió desde su misma implantación, como señalase lúcidamente Azaña tras la tragedia final. ¿Cómo es que olvidan que tales designios tuvieron lugar ya en 1931, 1932 y 1936? Se olvida de dónde procedían

*La insurrección de Octubre de 1934 no perseguía la destrucción de la República, como algunos "historiadores" de la derecha extrema quieren hacer creer, sino oponerse de forma organizada a los peligros de que eso sucediera, como había sugerido el propio Gil Robles un año antes.*

sus promotores y ejecutantes en tales ocasiones. Se olvidan de quienes prepararon con abundantes pactos externos con apoyo moral y material el golpe de 1936, sobre el que ha desvelado nuevas evidencias Ángel Viñas.

Entre las notables simplezas vertidas sobre aquellos hechos de 1934 se encuentra su calificación de revolución "más anunciada de todas" (Palacio Atard) o "mejor preparada en la Europa de Entreguerras" (Payne). Nada fue tan simple. A la insurrección de 1934 se llegó a través de un camino complejo, tortuoso, lleno de dudas que no cesaron ni en la víspera misma del hecho y que tuvieron una influencia decisiva sobre la marcha muy sincopada de su preparación.

Se tiene a Francisco Largo Caballero, presidente del Partido Socialista y secretario general de la Unión General de Trabajadores por entonces, por "el hombre de la revolución de Octubre". De la misma manera que se tiene al socialismo por el único artífice del hecho. La primera de esas aseveraciones no puede rechazarse sin más. La segunda es una falsedad plena sostenida desde antiguo. La verdadera cuestión a dilucidar es qué significó la *revolución* y qué quiere decir ser "el hombre" de ella.

Desde la salida de los socialistas del Gobierno a comienzos de septiembre de 1933, se operó en el interior del movimiento un temor amplio sobre la posibilidad de una seria subversión del régimen republicano. Hubo entonces opiniones diversas sobre las posibilidades de defensa de la República y su obra social especialmente. Ante el aplastante triunfo del republicanismo tibio representado por Lerroux y su partido, pero, sobre todo, el más aplastante aun de las fuerzas extramuros del régimen representadas esencialmente por la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA), liderada por Gil

Robles, ese temor creció exponencialmente. Gil Robles había dicho el 15 de octubre "necesitamos un Estado Nuevo"...

Oigamos el testimonio del propio "hombre" de la revolución. Largo Caballero expuso entonces lo que una parte absolutamente mayoritaria del socialismo sentía y deseaba: las decisiones a adoptar deberían dirigirse a "realizar la

acción que se estimase necesaria contra todo intento de fascismo, restauración o dictadura". Besteiro y quienes le seguían, muy minoritarios, lo expresaron en términos más circunspectos: para "la defensa de la República y la democracia". Caballero concretaría más adelante: "el compromiso debe ser para realizar un movimiento revolucionario a fin de impedir el establecimiento de un régimen fascista". Y debía ser un amplio movimiento de masas y no cosa específica del Partido Socialista o de la Unión, "pues esto restaría simpatías". En esto último coincidían la práctica totalidad de los dirigentes.

Así, hablaría de "tratar definitivamente de ordenar el movimiento que se ha de realizar si la acción de los elementos derechistas obliga a defender vio-

lentamente las conquistas logradas dentro del régimen republicano". En fin, a la altura de diciembre de 1933 se hablaba de que "el Partido y la Unión ya están de acuerdo para organizar un movimiento revolucionario con un programa concreto al objeto de salir al frente de los manejos reaccionarios". Pero ni el momento en que tal acción debía producirse ni los acontecimientos concretos que obligarían a desencadenarla quedaron nunca totalmente esclarecidos. Fundamentalmente debería ser un movimiento defensivo, como se ha señalado correctamente tantas veces, pero no se descartó la toma del Poder.

Esa supuesta revolución mejor preparada de la Europa de Entreguerras haría escribir posteriormente a Caballero que a la altura del mes de abril los datos que se tenían sobre la organización "no eran para entusiasmarse". Sin embargo, los esfuerzos por establecerla no fueron pocos y las instrucciones abundantes. Su efectividad, no obstante, fue enteramente insuficiente. Pronto conoció la policía los puntos esenciales de la trama.

Si al comenzar el mes de julio la eventualidad de una dimisión de Alcalá Zamora y de una arremetida contra el Estatuto catalán por parte del Gobierno se consideró ya como el "umbral" en el que el movimiento insurreccional revolucionario tendría que desencadenarse, la disipación de esas expectativas hizo que el movimiento continuase sin fecha. Pero el conflicto social y político de aquel verano se agravó sobremanera.

Fue, como bien se sabe, la entrada de tres ministros de la CEDA en el reorganizado Gobierno de Lerroux a comienzos de octubre lo que desencadenó la orden de una "huelga general" que habría de devenir en insurrección popular. Es bien sabido que, salvo en Asturias y chispazos localizados en otros lugares, Madrid entre ellos, el movimiento fue un completo fracaso. El Gobierno pudo controlarlo prontamente, con la excepción de nuevo de la verdadera revolución que se desencadenó en Asturias, mientras las fuerzas políticas que gobernaban la Generalitat catalana hacían la guerra por su cuenta, no sin un serio conflicto previo con el Gobierno lerrouxista.

Escribiría Caballero *a posteriori*, cuatro años después, que los comprometidos en los diversos territorios "no hicieron mucho caso de lo que se les decía", para añadir la dura acusación de que para la mayor

parte de los individuos era inevitable la revolución, pero la temían y confiaban en que cualquier gestión o incidente la evitase.

La acción insurreccional fue evidentemente "ilegal", pero ¿fue la primera?, ¿fue la de los enemigos de la República? Ninguna de ambas cosas. En realidad, nunca se ha prestado atención suficiente al hecho de que las mayores implicaciones negativas del fracaso fueron para la izquierda y no para el Poder gubernamental. Aumentaron enormemente las diferencias en el seno del socialismo, porque la cuestión de las alianzas futuras se convirtió en fundamental. La derecha republicana y extra-republicana aumentó su poder. Para la izquierda *Octubre* fue, sin embargo, una fuente continua de enseñanzas, cuya mejor expresión fue seguramente aquella larga reflexión que escribiese Joaquín Maurín, *Hacia la segunda revolución*.

Insurrección y revolución en forma alguna coincidieron. Para Caballero, desde luego, ambas expresiones no eran intercambiables en modo alguno. En enero de 1934 señalaba la diferencia entre la revolución y la mera toma del poder. La revolución se realizaba antes y después de tal toma. De esta manera: "Hay quien cree que el acto de apoderarse del poder político violentamente —y tendrá que ser así— es la revolución social... Pero, como digo, conquistar el Poder no es hacer la revolución social. Esta hay que hacerla con el Poder político en la mano. El que crea que no debe conquistar la clase trabajadora el Poder hasta que haya hecho la revolución, puede tener la seguridad de que esta no se hará nunca. Lo primero es tener el poder político, es lo fundamental".

En la insurrección de Octubre convergieron, sin duda, varias propuestas. Ninguna incluía la destrucción de la República y el substrato común era oponerse a los peligros de que eso precisamente sucediera. Un año antes, Gil Robles no había ocultado semejante posibilidad. Pero, por lo demás, los contenidos y objetivos sociales del movimiento eran más que evidentes. En el caso asturiano hace mucho tiempo que el historiador Adrian Shubert dejó esto luminosamente claro. Mucho tiempo antes, Caballero hizo enfáticamente esas mismas consideraciones en su discurso de Oviedo a comienzos de junio de 1936. Casi nadie parece haberse enterado de ello... **TEMAS**